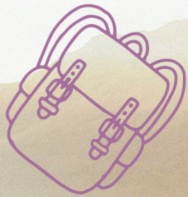


Animación Vocacional

SEMINARIO



“Mirad como se aman”
Comunidades significativas

José Miguel Núñez, sdb

SANLÚCAR LA MAYOR, SEVILLA

9 A 11, OCTUBRE 2017



salesianos
PASTORAL JUVENIL

Comisión Nacional de
Animación Vocacional

Comunidades significativas: comunidad cristiana, comunidad religiosa, comunidad propuesta.

Escribió Don Pascual Chávez en la carta sobre la Región de Europa Oeste en 2004: “Las tendencias vocacionales en la región son preocupantes y todos los indicadores manifiestan que la situación está destinada a permanecer así, si no hay intervenciones fuertes”¹. Han pasado trece años desde aquella reflexión y es importante preguntarnos si hemos afrontado la situación vocacional con decisión y con las intervenciones necesarias. Habla el Rector Mayor de “intervenciones fuertes”. ¿Tenemos la impresión de que hemos hecho lo necesario?

1. Introducción

Las preguntas siguen siendo pertinentes a la luz de algunos datos que surgen de la revisión que realizamos en la Región Europa Oeste en los seis últimos años, antes del CG 27 (2014). La pastoral vocacional en España sigue siendo un desafío importante que hemos de afrontar con decisión, fuerza creativa y convencimiento. Parece que no siempre hemos sensibilizado oportunamente a las comunidades ni hemos tomado las decisiones de gobierno necesarias. En mi opinión, seguimos encontrando resistencias y dificultades significativas que no dependen sólo del perfil de los jóvenes con los que trabajamos ni del ambiente cultural en el que nos movemos sino que dependen también de nuestras propias opciones, nuestra manera de vivir y de la audacia de nuestras propuestas.

1.1. Mirad como se aman: comunidades significativas

Uno de los indicadores fundamentales para una animación vocacional es, sin duda, la capacidad de significación de la comunidad que convoca y acompaña. En el seminario de animación vocación que compartimos en 2009 hubo un cambio decisivo en la tendencia de nuestra praxis animadora: era necesario poner el acento no tanto en las estrategias, por importantes que éstas fueran, sino en el propio ser de la comunidad que propone e invita a seguir a Jesús más de cerca. En aquel momento, nos dijimos:

¹ ACG 387, 46.

1. En nuestras comunidades hay **luces** (sencillez, cercanía, atmósfera de familia...) y **sombras** (soledad, falta de comunicación, oración y eucaristías rutinarias, dificultades para acoger a jóvenes y a laicos...). Somos conscientes de nuestras limitaciones y de la necesidad de un testimonio comunitario que sea atractivo para los jóvenes, sin discursos voluntaristas, aceptando las limitaciones, **conscientes de que nos une la fe**, y de que hemos de abrirnos con cordialidad a los destinatarios de nuestra misión.

2. El escándalo para los jóvenes no son, en principio, nuestras limitaciones, sino sobre todo que no vean nuestro sentido de fe, y que descubran que no nos queremos o que no los queremos a ellos. La fraternidad evangélica ha de contar con salesianos heridos y cansados, con salesianos ancianos. **Si la fe nos sostiene, serán posibles la sensibilidad, la compasión, la comprensión, haciendo que nuestras comunidades sean habitables y generosamente abiertas.**

3. **La pastoral vocacional tiene en la vida de comunidad una prueba de su autenticidad.** Para adolescentes y jóvenes el testimonio de salesianos de cualquier edad, que viven con gozo su vocación, humanamente sensibles y cercanos, sencillamente coherentes, anclados en la experiencia de Dios y capaces de comunicarse con ellos y de preocuparse por ellos es decisivo.

Creo, sinceramente, que este es un tema crucial. ¿Qué es lo que hace “signo” una comunidad de seguidores de Jesús? Una comunidad que viva a “contracorriente” de la cultura dominante, que no se mimetiza en su entorno, que no se conforma con vivir como los demás, que hace opciones claras por la fraternidad, la acogida, la entrega generosa y el compromiso transformador de la realidad. Francisco, citando a Benedicto XVI en su primer encuentro con los superiores mayores de las congregaciones y órdenes religiosas², les dijo:

“Él (Benedicto XVI) ha dicho que la Iglesia crece por testimonio, no por proselitismo. El testimonio que puede atraer verdaderamente es aquél relacionado con las actitudes que no son las habituales: la generosidad, el desapego, el sacrificio, el olvidarse de sí para ocuparse de los otros. Es ese el testimonio, el “martirio” de la vida religiosa. Y para la gente es un “signo de alarma” (Francisco citando a Benedicto XVI) ³.

Pienso que no se puede decir mejor. Esto es lo que nos hará significativos: una forma diferente de vivir donde sean palpables la fraternidad, la sencillez cotidiana en un estilo sobrio de compartir los bienes, la generosidad sin tiempo ni

² Cfr. A. SPADARO, “Svegliate il mondo! Colloquio di Papa Francesco con i Superiori Generali, La Civiltà Cattolica I (2014) 3-17.

³ BENEDICTO XVI, Homilía en la Santa Misa de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Santuario de Aparecida (13 de mayo de 2007).

límites en la entrega a los más necesitados, a la que nos impulsa una experiencia fuerte de Dios, único bien de nuestra vida.

1.2. Ven y verás: comunidades propositivas

Toda comunidad convocada en el nombre de Jesús está llamada a ser una comunidad propuesta. La invitación “ven y verás” es una acuciante apelación a proponer a otros un modo de vida, un estilo de relaciones, una manera de leer la realidad. Si la fuerza del mensaje evangélico no permea ni conforma a la comunidad hasta el punto de penetrar en los poros de la piel de lo cotidiano, la comunidad pierde su razón de ser y se convierte en una organización más o menos eficaz en la que el juego de fuerzas afectivas de las relaciones fraternas solo logra un equilibrio inestable y cuyo resultado es, llevarnos bien; que no fracture la paz; que no nos peleemos. Un esfuerzo loable, sin duda, pero insuficiente.

Escribió el Papa Francisco a propósito de la capacidad evangelizadora de las comunidades en la *Evangelii Gaudium*:

*“Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, **consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?**” (EG 99).*

¿A quién vamos a evangelizar con estas actitudes? Dice el Papa. ¿A quien vamos a convocar? A este respecto de la capacidad de convocación de la comunidad de Jesús, en el citado seminario del 2009 apuntábamos en referencia a la comunidad salesiana:

1. El discernimiento vocacional y la maduración cristiana que supone necesitan acompañamiento personal y comunitario. De forma decidida hemos de configurar **comunidades salesianas para que sirvan de referencia** a adolescentes y jóvenes, que en el seno de sus familias quieran iniciar un camino vocacional. Además vemos la necesidad de crear **comunidades de propuesta vocacional**, en las que sean acogidos jóvenes en la vida comunitaria, con un acompañamiento específico. Por otro lado habría que lograr **comunidades específicas de orientación vocacional**, como preparación inmediata al prenoviciado. Éste ha de estar bien estructurado y ofrecer una experiencia real de comunidad, de espiritualidad salesiana, y de misión juvenil.

La comunidad significativa, con capacidad de convocación, acompaña procesos y madura el discernimiento de quienes se acercan a ella en actitud de búsqueda. Toda comunidad cristiana debería tomar en serio este asunto. Está en el ADN del grupo de Jesús, pendiente de los labios del Maestro, la continua

actitud de conversión a los valores del Reino, la propuesta, la acogida, el acompañamiento. Cuando la comunidad es auto-referencial, pierde la capacidad de apertura y de anuncio. Cuando la comunidad “olvida” quién es, en nombre de quien ha sido convocada y se ajusta a los criterios del mundo, entonces, ha perdido definitivamente la fuerza del Evangelio:

“Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97).

1.3. Y se quedaron con Él: comunidades acogedoras

El episodio del cuarto Evangelio en el que se narra la llamada de los dos discípulos que siguen a Jesús (Jn 1, 35-51), tras la invitación del Maestro, “Venid y lo veréis”, concluye diciendo que aquel día “permanecieron con Él”. De eso se trata, de permanecer con Él.

En esta llamada, la comunidad es mediadora del anuncio y de la propuesta. Es el grupo de Jesús el que acoge y ofrece la oportunidad de quedarse con ellos y vivir un nuevo proyecto: es la opción por vivir como Jesús. El estilo de Jesús es contagioso, luminoso, atractivo. Las cristianas y nuestras comunidades no podemos ofuscar la fuerza de este mensaje ni oscurecer la claridad del Evangelio. Francisco nos advierte que la falta de fervor apostólico está directamente conectado con la ausencia de vocaciones:

“En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas” (EG 107).

De ahí la necesidad de comunidades acogedoras, abiertas, disponibles, con capacidad para acompañar a quien se acerca atraído por la Palabra del Maestro y descubre que muchos otros hermanos ya han encontrado el tesoro en el

campo, lo han vendido todo para comprarlo y son felices viviendo la vida buena del Evangelio.

La necesaria autocrítica de la Iglesia en su acción pastoral debe dejar paso a una “conversión” en la que lo decisivo no es la auto-referencialidad sino el anuncio encarnado en nuestro mundo del Dios de Nuestro Señor Jesucristo. El discurso al episcopado brasileño es toda una luminosa declaración de intenciones:

*“Ante este panorama **hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía. Jesús le dio calor al corazón de los discípulos de Emaús.***

Quisiera que hoy nos preguntáramos todos: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia que pueda hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa? (...) Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él (...) Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo” (Encuentro con el episcopado brasileño en Río de Janeiro. 27 de julio de 2013).

2. Comunidades cristianas de referencias

Hemos de preguntarnos, pues, si nuestras comunidades cristianas son significativas hasta el punto de convocar, suscitar y acompañar vocaciones laicales, ministeriales o a la vida religiosa. Es verdad que la fecundidad vocacional no depende solo del celo pastoral y el compromiso apostólico de los cristianos; bien sabemos que hay otras componendas culturales, sociales, religiosas... que afectan directamente a la respuesta vocacional. Pero creo que una revisión crítica de nuestro modo de vivir es necesario hacerla.

2.1. Una Iglesia renovada

Estamos, además, ante un nuevo momento eclesial en el que la fuerza del Espíritu impulsa a la comunidad cristiana a emprender un camino renovador que la sitúe mejor en medio del mundo y de la historia, al tiempo que la hace más

significativa para los hombres y mujeres de hoy. En el camino de la nueva evangelización, Francisco propone una auténtica renovación pastoral que pasa – necesariamente – por senderos de conversión personal y comunitaria. En la *Evangelii Gaudium* encontramos una insistencia clara en los procesos de cambio que deben generarse en las personas, en las comunidades, en las organizaciones:

*“En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a **entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma**” (EG 30).*

*“**También el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal necesitan escuchar el llamado a una conversión pastoral**” (EG 32)*

La conversión reclama abrir el corazón y dejar que el viento del Espíritu libere nuestros egoísmos:

*“**Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien**” (EG 2).*

Ante el dolor y el sufrimiento humano, las comunidades cristianas no pueden permanecer al margen o simplemente dar un rodeo. La conversión conlleva no pasar del largo ante el conflicto y aceptar implicarse, desinstalarse para darle la vuelta a las estructuras injustas, aunque eso suponga situarse en el conflicto. El protagonista de este camino es el Espíritu:

*Ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, **la más adecuada, de situarse ante el conflicto**. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9) (EG 227).*

La conversión pastoral necesita caminos de formación para todos que faciliten un cambio de mentalidad y pueda provocar, con la ayuda del Espíritu, un vuelco en el corazón:

La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante (EG 102)

Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una pro-

fundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente (EG 121)

2.2. Una Iglesia pobre para los pobres

Francisco es consciente de estar en nuevo momento eclesial y propone un nuevo modo de estar presente en el mundo y una nueva manera de llevar adelante la misión evangélica. La conversión se traduce para el Pontífice en un compromiso por los más pobres. Frente a esta urgencia, no hay excusas:

*“Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. **Ésta es una excusa frecuente** en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. Si bien puede decirse en general que la vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio, **nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social**” (EG 201).*

Considero que la exigencia de una Iglesia pobre para los pobres es hoy un elemento urgente de renovación de todas las comunidades cristianas. Si queremos ser significativos, hemos de seguir dando pasos en la reconversión pastoral hacia los más necesitados, los pequeños y los pobres, los más vulnerables, los que menos oportunidades han tenido o más difícil lo tienen para salir adelante. Una Iglesia en salida que busca las periferias físicas y existenciales de nuestro mundo se parece más a la Iglesia de Jesús que una organización institucionalizada centrada en sí misma y atareada con juegos de poder y equilibrios geoestratégicos. En mi opinión, la adhesión a la Iglesia o la búsqueda vocacional tienen también que ver con el rostro de Iglesia que ofrecemos y el testimonio creíble de una comunidad de creyentes que caminan ligeros de equipaje y comprometidos en darle la vuelta a la realidad según el proyecto del Reino.

El Papa Francisco nos insiste en que impulsemos una pastoral que apueste por la Vida con mayúsculas y avive la esperanza de las personas. La propuesta de la Buena Noticia de Dios para los pequeños y los pobres busca alentar y sostener especialmente a los más necesitados. La Iglesia no puede mirar para otro lado ante las urgencias de los más débiles de nuestros hermanos, por eso el Papa afina la mirada:

*Sin embargo, **no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas. Algunas patologías van en aumento. El miedo***

y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad (EG 52).

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia».163 Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5) (...) **Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres** (EG 198).

“Es indispensable prestar atención para **estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados**, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales” (EG 210).

El Papa prefiere una Iglesia arriesgada, aunque tal postura suponga heridas y peligros, a una Iglesia anquilosada en sus seguridades que termine por perder su propia identidad. Francisco impulsa una Iglesia “en salida” y con las puertas abiertas:

Cualquier comunidad de la Iglesia, **en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución**, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos (EG 207).

La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. **Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido**. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad (EG 46)

Es por todo esto por lo que Francisco reivindica una Iglesia profética que alce su voz para defender a aquellos de los que nadie se ocupa y procure mejorar las condiciones de vida de las personas y de los pueblos:

Pequeños pero fuertes en el amor de Dios, como san Francisco de Asís, todos los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos (EG 216).

Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética (EG 218).

2.3. Comunidades cristianas de referencia en nuestros ambientes pastorales

La propuesta eclesial que Francisco está impulsando no puede pasarnos desapercibida. Nuestra pastoral juvenil y familiar, nuestro estilo de vida, la sensibilidad de nuestras presencias y comunidades deben afinarse y dejarse impregnar de la brisa fresca con la que el Espíritu está renovando la Iglesia.

La animación vocacional reclama en nuestros ambientes pastorales comunidades cristianas de referencia con el estilo que Francisco propone. Se trata de tomarnos en serio el Evangelio volviendo a la Palabra que es Jesús, para mirar con su mirada, sentir con su corazón, actuar con sus manos sanadoras. Dirigiéndose a los superiores generales, nos interpeló a los religiosos y a todos los seguidores de Jesús:

*“Por lo tanto, “La Iglesia debe ser atractiva. ¡Despertar al mundo! ¡Sean testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir! **Es posible vivir de un modo distinto en este mundo. Estamos hablando de una mirada escatológica, de los valores del Reino encarnados aquí, sobre esta tierra. Se trata de dejar todo para seguir al Señor.** No, no quiero decir “radical”. La radicalidad evangélica no es solamente de los religiosos: se pide a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético. Yo espero de ustedes este testimonio. Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo” (Papa Francisco a los Superiores Religiosos).*

En nuestros ambientes pastorales, las comunidades cristianas de referencia las identificamos en las comunidades educativo-pastorales, en las comunidades juveniles, en las comunidades de educadores y animadores de nuestros proyectos, en las comunidades religiosas y en la entera familia salesiana arti-

culada también en asociaciones y centros locales. Todos nos hemos de sentir interpelados en esta llamada de Francisco en la *Evangelii Gaudium*:

*“Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para **avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera**, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «simple administración». Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un **«estado permanente de misión»**” (EG 25).*

Acoger esta llamada urgente a la conversión en nuestros ambientes pastorales es crucial para asumir una actitud crítica con nuestra praxis pastoral que nos permita crecer y avanzar. Con frecuencia, hemos caído en la tentación de pensar que somos los mejores, que nuestra pastoral es la más puntera o que somos especialistas en movilizar a los jóvenes en nuestras escuelas, centros juveniles, parroquias o proyectos para chicos en situación de riesgo y exclusión social. Nuestros ambientes, por lo general, son propositivos, acogedores, impulsores de vida y capaces de generar cambio en las personas. Pero precisamente este “saber hacer” – en ocasiones – nos puede jugar malas pasadas cuando nos instalamos en la autocomplacencia y estamos dispuestos a morir de éxito. Nos recordaba hace unos años Don Pascual:

*“La situación actual ha empujado a muchos Salesianos y laicos colaboradores a renovar su identidad vocacional y a entregarse al compromiso educativo y pastoral con gran generosidad y sacrificio; **pero existe también el peligro de “superficialidad espiritual, activismo frenético, estilo de vida burgués, testimonio evangélico débil, dedicación parcial a la misión. Esto se traduce en renuencia a manifestar la propia identidad de consagrados y en timidez apostólica”**”⁴.*

En esta misma dirección, el Papa Francisco nos advierte del peligro de una pastoral sin alma que se abandona prioritariamente a planificaciones y estrategias (por supuesto necesarias) y renuncia consciente o inconscientemente al respiro que la vivifica y sin el cual no es posible anunciar el Evangelio:

*“**No es la creatividad pastoral, no son los encuentros o las planificaciones lo que aseguran los frutos, sino el ser fieles a Jesús, que nos dice con insistencia: «Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes» (Jn 15,4).** Y sabemos muy bien lo que eso significa: contemplarlo, adorarlo y abrazarlo, especialmente a través de nuestra fidelidad a la vida de oración, en nuestro encuentro cotidiano con él en la Eucaristía y en las personas más necesitadas”⁵.*

⁴ ACG 407, 27.

⁵ Homilía en la Eucaristía con los Obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas. JMJ 27 de julio de 2013.

Pienso que andamos necesitados de reflexión crítica sobre la praxis. Creo que nuestras comunidades educativo pastorales adolecen todavía de una apuesta más decidida por el Evangelio y el compromiso por el Reino. Me parece que a nuestras comunidades juveniles les falta profundidad espiritual y audacia en el anuncio para que los jóvenes puedan ser evangelizadores de los jóvenes. Sostengo que nuestras comunidades religiosas – en general – necesitan un tono más evangélico, hacer más palpable y creíble la fraternidad, impulsar un estilo más sencillo de vida y potenciar en ellas una mayor carga profética. Equivocada o no, esta visión de la realidad es – en realidad – un compromiso por seguir dando pasos en la conciencia crítica que permita un cambio, tan necesario como urgente, si queremos ser fecundos vocacionalmente.

3. Comunidades religiosas de referencia

Por lo que a mí respecta, por lo que nos toca a muchos de nosotros, esta reflexión sobre la necesaria renovación de la vida consagrada es particularmente acuciante. Benedicto XVI, en los últimos meses de su Pontificado, dijo a los obispos de Brasil en visita *ad limina*:

“La vida consagrada no podrá faltar nunca ni morir en la Iglesia: fue querida por Jesús mismo como porción firme de su Iglesia”.

Son palabras alentadoras y autorizadas de una voz que conforta en tiempos de inclemencia. A pesar de los augurios de los *profetas de calamidades*, ni la aparente irrelevancia de miles de consagrados, ni el envejecimiento de nuestros institutos ni la dificultad vocacional son el signo de un declinar que conducirá, antes o después e inevitablemente, a la desaparición de la vida religiosa en la Iglesia.

La situación de dificultad por la que atraviesa la vida religiosa, en medio de la propia situación de crisis que vive la sociedad occidental y la misma Iglesia, puede y debe ser una oportunidad para la renovación y el cambio. No es la supervivencia de estructuras lo que está en juego. Lo preocupante no es el mantenimiento de las obras. Lo absolutamente imprescindible es lo significativo de la vida religiosa y la autenticidad de su rostro en la Iglesia y en el mundo. Es el momento de la conversión a Dios que abrirá nuevas sendas en el desierto y partirá en dos el mar para pasar al otro lado como siempre ha hecho en la historia de nuestro pueblo. Es el momento de hacer surgir un nuevo estilo de vida consagrada, quizás más evangélica, más humilde, más pobre, más profética. Pero que en la debilidad encuentre la fuerza de Dios que nos precede y centrada en Él, el único absoluto de nuestra vida, encuentre veredas nuevas por la que caminar anhelando que continúe haciendo brillar su rostro sobre nosotros.

No es tiempo de triunfalismos. Ni en la Iglesia ni en la vida religiosa. Pero tampoco podemos perdernos en mirar con nostalgia anhelando cuanto fuimos en

otro tiempo. Por el contrario, es el momento oportuno para alentar la esperanza y consolidar la confianza en Dios que, hoy como ayer, no dejará “*que se acabe la harina del costal ni el aceite de la orza*” (Cfr. 1 Re 17, 14) y seguirá siendo bendición para sus hijos. También para los consagrados y consagradas que somos memoria viviente del Cristo en el corazón de la Iglesia y una pequeña lámpara encendida en la noche para los que buscan algo más de luz en nuestro mundo.

3.1. Tú eres mi Dios, fuera de ti no tengo ningún bien: hombres de Dios

El tema que reflexionamos, comunidad cristiana – comunidad religiosa y animación vocacional, nos conduce a la encrucijada de una vida religiosa más interpelante y significativa. Probablemente no hay asunto más decisivo en la renovación actual de la vida consagrada que el de la centralidad y el absoluto de Dios en el vivir cotidiano de quienes nos hemos sentido amados hasta el punto de dejarlo todo para adherir el corazón al Amado.

La comunidad religiosa en el territorio será referencia significativa si vive y transmite a Dios de forma elocuente. Pienso que el camino de renovación de la vida religiosa es un camino teologal. Cuando reflexiono sobre el reto que nuestros institutos están llamados a afrontar en este tiempo no puedo imaginármelo sino como el hacer experiencia *fundante* de Dios, como relanzamiento espiritual, como un volver a lo esencial, al absoluto de Dios y en él a la fuerza del Evangelio vivido con todas las consecuencias que nos hace signos creíbles del Cristo Resucitado que por la fuerza del Espíritu nos envía a sanar y a liberar. La autenticidad evangélica será para nosotros el signo de la credibilidad:

*“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a **renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo** o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (EG 3).*

*“No me cansare de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino **por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva**»”(EG 7).*

A este respecto, en el Seminario Ibérico de Animación Vocacional de 2009, nos dijimos lo siguiente:

1. La fragilidad de nuestra experiencia religiosa. Los jóvenes buscan en nosotros personas sólidas que ofrezcan un testimonio coherente de fe. Y en nosotros no se percibe con claridad **la pasión por Dios**. La

crisis vocacional debe vivirse como una oportunidad para profundizar a nivel personal y comunitario en una espiritualidad bien estructurada y centrada.

2. Optamos por una **vida religiosa apostólica**, pero posiblemente corremos peligro de caer en **el activismo**, debilitando en nosotros el sentido de la experiencia religiosa, de la oración personal y comunitaria, de la eucaristía.

3. En el ámbito de la vida religiosa, desde el compromiso serio en la misión, evitando el individualismo y fortaleciendo la realidad de la comunidad, la crisis vocacional nos emplaza a **una profunda renovación espiritual**, sosteniéndonos mutuamente en un proceso de auténtica conversión

Han pasado unos años y estas palabras me siguen pareciendo actuales. Es un reto permanente que vemos cada vez más conectado con el desafío de la animación vocacional. Es directamente proporcional nuestro modo significativo de vivir el Evangelio con la capacidad de cuestionar e interpelar la vida de quien se siente invitado: “Ven y verás”. Estos años de camino en la comunidad propuesta y en la animación vocacional acrecientan en mí la convicción de que los jóvenes no nos quieren perfectos ni buscan en nosotros superhéroes. Los chavales nos piden que seamos hombres de Dios y que nuestro modo de vivir señalen otras sendas más auténticas por la que transitar.

3.2. El Señor nos da hermanos a los que querer: una fraternidad palpable

Al referirse a la profecía, Francisco hace referencia a la fraternidad como signo creíble para la vida consagrada hoy. La “revolución pastoral” que promueve el Pontífice tiene mucho que ver con la ternura y la misericordia, con el consuelo de Dios para los pequeños y los pobres. Por eso, insistió a los Superiores que la vida religiosa vivida en la comunidad expresa de modo elocuente la fuerza humanizadora del Evangelio a través de la experiencia fraterna.

Para el Papa:

“La fraternidad tiene una fuerza de convocación enorme. Las enfermedades de la fraternidad, por otra parte, tienen una fuerza que destruye” (Papa Francisco a los Superiores Religiosos).

¿Cuáles son las enfermedades de la fraternidad? Todos tenemos en la mente y el corazón experiencias dolorosas en las comunidades de las que hemos formado parte o de las que conocemos a nuestro alrededor: individualismo, rechazo a los hermanos, incomprensiones, posturas intolerantes, faltas contra la caridad, chismorreos, críticas que destrozan a las personas y atentan contra su buena fama, incapacidad para el perdón... Son solo algunas de las enfer-

medades que rompen la comunión y debilitan la vida fraterna hasta dejarla irreconocible.

No se trata de no tener problemas. Se trata de vivir más allá del conflicto, superando dificultades porque la experiencia del amor es mucho más fuerte. Continúa Francisco:

“La fraternidad religiosa, más allá de todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor que va más allá de los conflictos. Los conflictos comunitarios son inevitables (...) y el conflicto debe ser asumido” (Papa Francisco a los Superiores Religiosos).

Tal afirmación debe ser re-leída a la luz de la *Evangelii Gaudium*. En la Exhortación Apostólica, el propio Papa ha escrito:

“(hay que) aceptar, soportar el conflicto, resolverlo y transformarlo en un eslabón de enlace de un nuevo proceso” (EG 227).

Por eso el Papa habla de “recuperar la ternura” también en las comunidades de consagrados. Una “ternura materna” que ayuda a superar los conflictos y hace creíble la fraternidad. Esta es la profecía: una comunidad de personas que afrontan el conflicto desde la misericordia, desde el encuentro, desde la ternura que cicatriza y sana. Nuestras comunidades están llamadas a ser *comunidades terapéuticas* que acogen, abrazan, escuchan, disculpan, ayudan a madurar, comprometen. Todo un reto para la vida religiosa en este tiempo tan necesitado de encuentro y afecto real, concreto, maduro... que no condena nunca, no excluye nunca, no busca nunca su propio interés. Por eso, recuerda el Papa a la USG, en las relaciones fraternas y en los conflictos con los hermanos “tenemos que involucrar el corazón”.

Algo de esto, con otras palabras, dijo a los hermanos y hermanas en formación inicial y en proceso de discernimiento vocacional congregados en Roma:

“A veces me he encontrado con personas consagradas que temen el consuelo de Dios, y... ¡pobres hombres y pobres mujeres, que se atormentan, porque temen esta ternura de Dios! Pero no temáis. No temáis: el Señor es el Señor del consuelo, el Señor de la ternura. El Señor es Padre, y dice que nos tratará como una madre a su hijo, con ternura. No temáis el consuelo del Señor. La invitación de Isaías ha de resonar en nuestro corazón: «Consolad, consolad a mi pueblo» (40, 1), y esto debe convertirse en misión. Encontrar al Señor que nos consuela e ir a consolar al Pueblo de Dios: esta es nuestra misión. Hoy las gentes necesitan ciertamente palabras, pero necesitan sobre todo que testimoniemos la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, que despierta la esperanza, que atrae hacia el bien: ¡la alegría de llevar el consuelo de Dios!”⁶.

⁶ Encuentro con seminaristas, novicios y novicias, Ciudad del Vaticano 6 julio 2013.

Testimoniar la misericordia por encima de horarios y normas, expresar una fraternidad palpable hecha de preocupación mutua y detalles de atención recíproca, creer en la capacidad regeneradora del perdón más allá de los conflictos cotidianos son algunos de los rasgos que hacen de nuestra vivencia comunitaria un signo luminoso de un modo alternativo de vivir. Entonces, sí. La fraternidad se convierte en un testimonio creíble de la vida religiosa que atrae y fascina. Soy de la opinión de que la fraternidad así entendida es un elemento de discernimiento vocacional imprescindible en nuestra propuesta. Cuando decimos a un joven “ven y verás”, le proponemos adentrarse en la decisiva experiencia de una fraternidad transformadora que nos configura como seres humanos, hermanos unos de otros, porque hijos amados de Dios.

3.3. Te entrego todo mi ser: comunidades sencillas, austeras y entregadas

Después de más de tres décadas de vida comunitaria, he de decir que siempre he vivido una experiencia satisfactoria que me ha configurado como persona y como creyente, que me ha hecho crecer y madurar vocacionalmente perfilando en mí, junto a la experiencia de Dios y la misión compartida, el rostro del consagrado que hoy soy. Pero es también verdad que siempre he echado de menos que el estilo de nuestras comunidades fuera más sencillo, más austero, más pobre.

Le escuché hace unos años a Don Pascual Chávez, en varias ocasiones, que a nuestra Congregación le faltaba una revolución por hacer: la de volver a ser una Congregación de pobres para los pobres. Siempre me dio que pensar esta afirmación en la boca y en la pluma de quien conocía muy bien la presencia salesiana a lo largo y ancho del mundo. Yo creo que es verdad. Si hemos de volver a ser, quiere decir que hemos dejado de serlo. Vivir con menos bienes nos hace significativos y más sensibles a los jóvenes pobres, principales destinatarios de la misión salesiana.

La invitación de Jesús no deja lugar a dudas. Quien quiera seguirlo ha de liberar el corazón y encontrar otro tesoro de mucho más valor: el Reino, Dios mismo, que es suficiente para llenar una vida vivida en plenitud.

Vivir la pobreza evangélica es una opción en libertad que el seguidor de Jesús asume para caminar tras Él con las manos abiertas, la mirada trasparente y el paso dispuesto siempre a la travesía. Sin ataduras, ligeros de equipaje, queremos pasar por la vida haciendo el bien, cerca de los que sufren, restañando heridas, alentando la esperanza, compartiendo lo que somos y tenemos. Los cristianos, y por ende los religiosos, albergamos en nuestro corazón el deseo de vivir así: seguidores del Maestro, libres y liberadores; sencillos y comprometidos; creíbles en nuestro modo de actuar porque auténticos en el entramado cotidiano de relaciones y esfuerzos. A mí me parece que aquí está hoy la fuerza profética de la vida religiosa. Somos alternativos porque vivimos de manera diferente. Somos significativos porque en nuestro modo de vivir trans-

parentamos al Maestro. Somos proféticos porque con nuestro compromiso estamos del lado de los pobres y abrimos prisiones injustas.

Hoy, como en todo tiempo, son necesarios los signos que hagan creíble nuestro anuncio. Vivir con menos bienes significa también ser más solidarios y estar cercanos a los más pequeños, a los más vulnerables, a los que más lo necesitan. Una comunidad salesiana que quiera tomarse en serio lo significativo del Evangelio ha de ser una comunidad creíble por su forma de vivir y visible en su modo de compartir los bienes con los que menos tienen.

La solidaridad le pone rostro concreto a la caridad y a la justicia precisamente cuando a nuestro alrededor se impone un estilo de sociedad en la que impera el sálvese quien pueda o la dictadura del mercado que hace a los ricos cada vez más ricos y a los que menos tienen cada vez más pobres.

Lo nuestro es alternativo. Vivir con menos bienes y compartir lo que somos y tenemos es expresión de la bienaventuranza que nos asemeja al corazón mismo de Dios. Él cuida siempre a los más pequeños y no se olvida nunca de ninguno de sus hijos. Por eso, nuestra casa es lugar de acogida; nuestro tiempo es disponibilidad para quien necesita una mano; nuestro trabajo es aportación en la edificación de una realidad mejor; nuestro salario es posibilidad de compartir; nuestra privación es expresión evangélica del no considerar nada nuestro porque pertenece a los pobres.

Hay pocos gestos más elocuentes en el evangelio que el hecho del despojarse del manto por parte de Jesús al inclinarse a lavar los pies de sus discípulos. Es la máxima expresión de la pobreza, de la kenosis más absoluta. Aquel que había afirmado no tener donde reclinar la cabeza abre una senda nueva a la solidaridad pagando de persona: mi existencia, sencilla y pobre, está a tu servicio. Me importas mucho. Cuenta conmigo. La entrega de la propia vida en la cruz hizo definitivamente creíble el signo porque solo el amor auténtico es digno de ser creído. “Y si yo, el Maestro y el Señor he hecho esto con vosotros, haced vosotros lo mismo” (Jn 13, 14).

Nuestras comunidades salesianas, si quieren ser significativas hoy, han de seguir caminando en este éxodo cotidiano que nos debe conducir hacia una vida despojada, sencilla, austera, en la que compartir con los pobres sea nuestra opción preferencial. Desinstalarnos, vivir con menos bienes, libres y solidarios, compartir lo que somos y tenemos con los jóvenes más vulnerables tiene fuerza profética. Así nos lo dejó escrito el propio Don Bosco cuando afirmaba en sus cartas que los salesianos estamos para “los pobres hijos del pueblo” o – como les pidió a los misioneros de la primera expedición de 1875 – “Tened escuelas para los pobres (...) mientras eduquéis a los pobres os respetarán y os harán el bien”.

4. Comunidades propuesta

Como ya señalé más arriba, en el seminario de animación vocacional de 2009 en Madrid, pusimos el acento en la necesidad de impulsar comunidades propuesta en nuestras inspecciónes. Las describíamos así:

“Vemos la necesidad de crear **comunidades de propuesta vocacional**, en las que sean acogidos jóvenes en la vida comunitaria, con un acompañamiento específico”.

Las palabras clave para la experiencia son, sin duda, “acogida”, “vida comunitaria”, “acompañamiento”. Estos son los elementos que habría que garantizar cuando impulsamos este tipo de comunidades que requerirán, al mismo tiempo, apertura, flexibilidad y capacidad de adaptación. Según las orientaciones de la Congregación:

“Comunidad propuesta: se trata de un equipo de salesianos que vive con un grupo de candidatos, mientras están siguiendo sus estudios pre-universitarios o universitarios; en el grupo puede haber también candidatos que ya han concluido sus estudios. Puede ser constituida como comunidad salesiana autónoma o puede estar inserta en una comunidad apostólica ya existente. Está abierta también a los jóvenes que desean hacer una experiencia limitada de comunidad en vista de su inserción como candidatos. Los contenidos formativos comprenden la maduración humana, el encuentro personal con Jesús, la participación en la misión salesiana, la interiorización de un nuevo estilo de vida en la línea del carisma de Don Bosco, es decir, todos los elementos de la experiencia del aspirantado”⁷.

4.1. Hay un sitio para ti: comunidades de acogida

Lo decisivo, en un primer momento, es la acogida. Y lo que ello conlleva. Invitar a un joven a vivir con nosotros es cambiar nuestro modo de pensar y de actuar. La comunidad ha de abrir sus puertas y estar dispuesta a desvelar su modo de vivir acogiendo a quien se acerca hasta nosotros como un hermano que busca y anhela experiencias significativas que le ayuden en su discernimiento vocacional. No se trata de fingir lo que no somos. Se trata de vivir con autenticidad, con nuestras luces y nuestras sombras, un proyecto evangélico que compartir.

Cuando la fraternidad es palpable; cuando se vive con sencillez la pobreza evangélica con un estilo austero y sacrificado; cuando la comunidad se proyecta en una acción apostólica en medio de los más necesitados; entonces no es necesario fingir. Quien se acerca a compartir la vida con nosotros percibirá enseguida lo que es auténtico y lo que es postizo. En nuestras casas no hay

⁷ Orientaciones sobre el Aspirantado, Dicasterios de PJ y de Formación, Roma, 2011.

trampa ni cartón. Todo es como lo ves y lo percibes. Con nuestras luces y nuestras sombras, pero con el deseo de responder fielmente a lo que Dios quiere de nosotros.

Se trata de acoger y acompañar. Cada joven necesitará un itinerario específico y personalizado que coja el ritmo de su maduración desde el mismo momento en el que se encuentra vitalmente hablando. Acompañar es un arte y requiere de maestros espirituales que puedan acompasar el ritmo del camino a las necesidades del candidato, abriendo perspectivas y señalando horizontes.

Acompaña la misma comunidad con su testimonio, su entrega y su oración. Pero también se necesitan la intervención educativa, el seguimiento respetuoso de los pasos dados, la necesaria llamada de atención en el momento justo, la propuesta concreta para superar inercias y avanzar.

Hay un sitio para ti. Esta es nuestra propuesta. Comunidades sencillas y comprometidas, de amplio respiro fraterno, con capacidad de acogida, dispuestas a “desvelar” su modo de vida acompañando a quienes desean adentrarse en el discernimiento vocacional “in situ” en un positivo contraste con la vida religiosa salesiana en acto. No se trata de comunidades especiales, sino de hombres que creen en la renovación en ciernes, apasionados por el Reino y dispuestos a seguir entregando fielmente la vida a los jóvenes a los que Dios los envía. De alguna u otra manera, todas nuestras comunidades salesianas están llamadas a ser “comunidades propuesta” que hagan bueno el “ven y verás del Evangelio” porque el Señor Jesús mora en ellas.

4.2. Camina con nosotros: un nuevo estilo formativo

Aunque las comunidades propuestas se sitúan en el umbral del itinerario formativo, queda siempre planteado encima de la mesa el difícil reto de la formación inicial ante los desafíos que una vida religiosa contextualizada debe afrontar. No es indiferente el estilo con el que comenzar a vivir las primeras experiencias salesianas en una comunidad propuesta que, queramos o no, es también formativa.

Los Superiores Generales preguntaron al Papa sobre la formación inicial y Francisco expresó su convicción de que estamos ante un tema que no es fácil de afrontar:

“La cultura de hoy es mucho más rica y conflictiva que la vivida por nosotros – afirma el Papa –, en nuestro tiempo, años atrás. Nuestra cultura era más simple y ordenada. Hoy la inculturación requiere una actitud distinta. Por ejemplo: no se resuelven los problemas simplemente prohibiendo hacer esto o aquello. Es necesario mucho diálogo, mucha confrontación” (Papa Francisco a los Superiores Generales).

Pero, además de un cambio de actitud, Francisco reclama alejar un fantasma que amenaza siempre la formación inicial de los candidatos:

“El fantasma que se debe combatir es la imagen de la vida religiosa entendida como refugio y consuelo ante un mundo ‘externo’ difícil y complejo”.

Por eso, asegura el Pontífice, no podemos olvidar nunca los cuatro pilares de la formación que deben interactuar desde el primer día de noviciado para exorcizar estos peligros:

“Los pilares de la formación son cuatro: espiritual, intelectual, comunitario y apostólico”.

En la adecuada interacción de los mismos a lo largo del arco formativo está la posibilidad de acompañar el crecimiento de personalidades profundamente creyentes y recias en la opción vocacional.

Se impone un cambio. La formación no puede ser como un peso que oprime un muelle plegándolo mientras que dure la presión. De ser así, una vez liberado del peso, el muelle vuelve a su estado natural. Francisco advierte sobre los peligros de una formación planteada desde la hipocresía, desde las formas, desde la apariencias, desde quienes adoptan la actitud de “pensar claramente y hablar oscuramente”. Para el Papa,

“Esto es hipocresía, fruto del clericalismo, que es uno de los males más terribles (...) es necesario vencer esta tendencia al clericalismo, también en las casas de formación y en los seminarios”.

Francisco ha insistido sobre la necesidad de personalizar la formación. El tiempo de las grandes estructuras donde las personas pasan desapercibidas y en las que basta ser formalmente buenos, ha pasado. Para el Pontífice:

“vivimos un cambio de época. La formación es una obra artesanal, no policiaca. Tenemos que formar el corazón. De otro modo formamos pequeños monstruos. Y después estos pequeños monstruos forman al pueblo de Dios. Esto realmente me pone la piel de gallina”.

Es muy relevante el tema de la formación en los Institutos y Congregaciones religiosas. Francisco lo sabe. Conoce la problemática a fondo y pide a los formadores que, acompañando a los candidatos y a los jóvenes religiosos, piensen en el pueblo de Dios al que serán enviados:

“El formador tiene que pensar que la persona en formación será llamada a cuidar el Pueblo de Dios (...) Pensemos en aquellos religiosos que tienen el corazón ácido como el vinagre: no fueron hechos para el pueblo. En fin: no tenemos que formar administradores, sino padres, hermanos, compañeros de camino”.

Es el mismo mensaje que les dejó a los novicios, novicias y seminaristas en el encuentro del mes de julio 2013 en Roma. La necesidad de vivir en autenticidad y coherencia personal. La formación debe ayudarnos a formar el corazón:

“Para ser testigos felices del Evangelio es necesario ser auténticos, coherentes. Y esta es otra palabra que quiero deciros: autenticidad. Jesús reprendía mucho a los hipócritas: hipócritas, los que piensan por debajo, los que tienen —para decirlo claramente— dos caras. Hablar de autenticidad a los jóvenes no cuesta, porque los jóvenes — todos— tienen este deseo de ser auténticos, de ser coherentes. Y a todos vosotros os fastidia encontraros con sacerdotes o religiosas que no son auténticos. Esta es una responsabilidad, ante todo, de los adultos, de los formadores. Es vuestra, formadores, que estáis aquí: dar un ejemplo de coherencia a los más jóvenes. ¿Queremos jóvenes coherentes? ¡Seamos nosotros coherentes! De lo contrario, el Señor nos dirá lo que decía de los fariseos al pueblo de Dios: «Haced lo que digan, pero no lo que hacen». Coherencia y autenticidad”⁸.

Formar el corazón. De eso se trata en el discernimiento y la maduración vocacional. La comunidad propuesta debe ayudar a poner las bases de una formación que iniciará formalmente más tarde pero que en estos primeros pasos necesita plantear las claves desde las que potenciar una personalidad humanamente madura y profundamente creyente. La libertad y la responsabilidad son, en mi opinión, los dos raíles sobre los que debe avanzar la propuesta formativa desde los primeros momentos del discernimiento y la opción vocacional.

4.3. Siente el latido de tu corazón: discernimiento y maduración vocacional

Una de las dificultades con las que nos estamos encontrando en la comunidad propuesta a la hora de acompañar a los jóvenes en búsqueda que se incorporen a la experiencia es la de desmontar andamiajes de esquemas pre-concebidos sobre la vida religiosa o las resistencias a la novedad de cuanto van a vivir. Los chicos, inconscientemente, se parapetan en las vivencias de las que provienen buscando seguridad e intentan aparecer firmes y convencidos de un puñado de actitudes que les dificulta la apertura a todo lo nuevo que la experiencia puede ofrecerles.

Hay un primer periodo de auto-afirmación al que le sigue un momento de crisis (en el sentido literal de “encrucijada”) por el que el candidato comienza a plantearse la necesidad de cambio. No se trata de renunciar a ser uno mismo, sino más bien a descubrir que hay que dejar atrás modos de pensar y de actuar “viejunos” cuando nos contrastamos con el Evangelio. Es entonces cuando el acompañamiento, con delicadeza y maestría, debe señalar caminos de des-

⁸ Encuentro con seminaristas, novicios y novicias, Ciudad del Vaticano (6 julio 2013).

construcción personal que permitan descubrir los nuevos senderos por los que Jesús invita a caminar a quienes le siguen.

En mi opinión, aquí está el núcleo fundamental de esta primera etapa de búsqueda. No es suficiente encontrarme a gusto en la comunidad o sentirme atraído por la misión. El verdadero discernimiento comienza cuando el candidato es capaz de preguntarse, “¿estoy dispuesto a atravesar el arduo desfiladero por el que Jesús me invita a pasar?”. La consciencia y la libertad de la respuesta deben garantizar la autenticidad del camino emprendido.

Hemos de ayudar a los jóvenes en búsqueda a auscultar su corazón. Es decir, a adentrarse por los caminos de la interioridad para experimentar una llamada que es mucho más potente que el simple estar a gusto en la comunidad o el me gusta estar entre los jóvenes haciéndoles el bien. Estas también son condiciones (probablemente sine qua non), pero a todas luces insuficientes como base de una respuesta vocacional.

Naturalmente, está en la maestría de acompañante proponer un camino adecuado al momento madurativo del candidato. Pero, convencidos de la personalización de los procesos, deberíamos evitar pasar de puntillas por estos planteamientos de deconstrucción evangélica para – por el contrario – facilitar itinerarios personales de conversión y de adhesión vital al Dios de la vida en Jesucristo que nos invita a seguirlo más de cerca.

5. Conclusión: Una minoría creativa

Es una expresión afortunada. Excelente por quien la pronunció y por estar referida a la Iglesia del presente y del futuro. El Papa Emérito Benedicto XVI aludió así, en numerosas ocasiones durante su pontificado, a los seguidores de Jesús en una sociedad plural, democrática, secular y libre. Los cristianos estamos llamados a ser eso, una minoría creativa en un mundo donde muchos hombres y mujeres, compañeros de camino en esta historia, no piensan ni sienten como nosotros.

Pienso que la expresión podemos aplicarla también a la vida religiosa y a nuestra búsqueda en la animación vocacional. Los religiosos hemos de aprender a vivir siendo minoría. La Iglesia actual, ya lo dijo Joseph Ratzinger cuando era Arzobispo de Múnich, ha de aprender a vivir con menos privilegios, con las puertas más abiertas, con más humildad y purificada de muchos errores de los que hoy la historia (y Dios) nos piden cuentas. Los religiosos no estamos exentos de estos pecados.

Una minoría dentro de la cultura que no huye de ella ni se parapeta en viejas seguridades. Hablamos en esta reflexión que ahora concluyo, de comunidades vivas y comprometidas que no pierden su identidad y son signos proféticos de fraternidad, de acogida, de solidaridad. Que plantean, con credibilidad, ma-

neras alternativas de vivir a la luz del Evangelio de Jesucristo, buena noticia para la vida y la esperanza de las personas. Comunidades que buscan su espacio de diálogo en el areópago donde se discuten las cuestiones que afectan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, porque nada hay de humano en nuestro mundo que no sea sentido como tal en el corazón de la Iglesia.

Una minoría que reivindica su lugar en nuestras sociedades libres. Con derecho a expresarse en la plaza pública, no condenada al ostracismo ni a la oscuridad de las sacristías, con carta de ciudadanía y un compromiso social responsable que no vea amenazada a cada paso su libertad por viejos laicismos excluyentes y caducos.

Una minoría creativa con capacidad de aportar positivamente, junto a tantos hombres y mujeres de bien, a que este mundo se parezca más al proyecto de Jesús de Nazaret; donde todos tengan más oportunidades y nadie se sienta excluido, donde no se pisotee la dignidad de las personas y se respete el derecho de todos a vivir como seres humanos, en paz y en libertad.

Esto es lo que somos. Esto es lo que estamos llamados a ser. Este es el nuevo rostro de Iglesia que los últimos Pontífices nos están invitando a perfilar. Dentro de ella, el cambio en la vida religiosa está en marcha. Es una revolución pacífica y serena que sabe de primavera duradera, sin rupturas ni condenas, con la libertad del viento del Espíritu que conduce a otras orillas y hace nuevas todas las cosas.

La animación vocacional necesita de este respiro renovador en comunidades que visibilicen creativamente lo que somos. Ven y verás como vivimos. Y aquel día se quedaron con Él. En nuestra casa, hay también un sitio para ti.